

# Insomnio

Seudónimo: Domingo Calvo Forget

Entre dos baldosas frías y simétricas, yace, acurrucado, el cuerpo adolescente de mi hijo. Se ha tapado de pies a cabeza con una frazada escocesa. No está herido ni borracho. Simplemente es un tipo raro ejecutando una de sus mil rarezas. Duerme en el suelo desde siempre. Al principio, por capricho. Luego, por tradición... Para la gente extraña, las rutinas son muy importantes. Aquello que les funciona (da igual si es lógico o no), debe repetirse ceremoniosamente. En verano, suele acomodarse en algún sitio del comedor. En el hueco entre el sofá junto al balcón y la mesa, por ejemplo. Dice que así le da la fresca por la noche. En invierno, lo hace en cualquier lado. En la bañera con una manta doble. En la cocina (con la cabeza apoyada en la puerta del lavarropas). E incluso, debajo de su cama. Allí es cuando se va a llorar cuando el Real Madrid pierde. O cuando gana pero le han puesto una tarjeta amarilla a su jugador preferido. Por suerte ahora es verano. Ni juegan los blancos ni se le ha dado por irse a dormir a un lugar más extraño. Son las tres de la mañana. Desde que a la culebra que tengo en el oído izquierdo se le ha dado por sisear más fuerte, a veces tengo insomnio. Así que me vengo al comedor, me siento en el sofá con mucho cuidado de no pisar a mi vástago y enciendo la tele muy bajito para no despertarlo. La verdad es que causa envidia. Él, pudiendo conciliar el sueño en el duro suelo y yo sin lograrlo en mi cama.

Como todo tipo raro, mi hijo exagera a la hora de madrugar. A las cinco ya está despierto. A veces a las cuatro, si quiere ver un partido de Hockey sobre hielo de la NFL... Todavía quedan una o dos horas para que me haga compañía. Por suerte, cumple con el cliché de nerd a la perfección. Los cálculos se le dan muy bien. Estudia ciencias en el bachillerato. Cuando no me habla de deportes o videojuegos, lo hace sobre parábolas y probabilidades. Si no me duermo con eso, ya no tengo remedio...

Al otro lado del mundo, en México, vive la mayor. Esa también es rara. Aunque menos. Que yo sepa duerme en una cama. Y si la dejas estar, puede que no se levante hasta que el sol haga un ángulo recto con la Tierra. Como cualquier hijo de vecino que se ha quedado toda la noche en vela mirando Netflix. Además, es un genio. Perdón, GENIO con mayúsculas. De esa gente que absorbe la información y la procesa tan rápido que parece que todo el saber ya estuviera dentro de su cabeza originalmente. Ella dice que no es para tanto. Yo, que vive en estado de iluminación constante. La semana pasada tuvieron que bajarle la nota en su maestría porque superaba el máximo permitido. No he entendido muy bien cómo ha conseguido sacarse más de diez aunque me lo ha explicado. Quizá me esté volviendo tonto por el insufrible pitido constante en

mi cabeza. O a lo mejor, era una cosa rara de Wendy. Como lo de Froilán durmiendo en el suelo. Cosas que un padre debe aceptar sin llegar a comprender del todo.

Por último queda Esmeralda, la menor. Esa no es rara pero está rematadamente loca. Escucha trap. Se marea haciendo coreografías en tiktok. Lee historias de amor picantes en Wattpad y le encanta viajar. Es buena estudiante pero prefiere irse de fiesta el viernes y hacer la tarea el domingo. Nada que ver con sus padres, dos profesores que a su edad solían leerse en vacaciones todo lo que iban a estudiar el curso siguiente. Con quince años recién festejados, cumple con varios de los estereotipos esperables en alguien de su edad. Y con casi ninguno de los que los demás esperan de ella (cuando se enteran que es hermana de sus hermanos o hija de sus padres). Su normalidad, resulta rara en una familia de raritos. Y sin embargo, es la única de los cinco que está loca. Y por tanto, la única capaz de llegar con sus singularidades a picos de trascendencia elevados. Es una actriz formidable. Cualquier frase o evento le vale como disparador para transformarse en otra persona. Tiene tantos personajes y tan graciosos que es imposible aburrirse con ella. La psicópata asesina con mala puntería. La abogada con hipo. La banquera que recuerda la combinación de la caja fuerte para guardar el dinero pero se le olvida para sacarlo. etc. Es una escritora como yo. Pero convive con sus personajes en la realidad. Yo solo en mi cabeza. Y cada vez menos por culpa de la culebra siseante. A veces, cuando el piiiiviiii se hace más duro y potente, siento que ya he cumplido con todo lo que tenía que hacer en este mundo. Que no tengo por qué seguir aguantando esta tortura. Entonces pienso en ellos. La curiosidad me ancla a este mundo. ¿Cómo abandonarlo sin ver el final de la película? ¿En qué se convertirán mis criaturitas? Froilán quiere ser ingeniero de fórmula 1. No tiene ni contempla un plan B. Terminará siendo millonario o viviendo bajo un puente. Sin puntos intermedios. Wendy es trabajadora, brillante y tiene un currículum lleno de postgrados prestigiosos. Aunque le puede la timidez y la inercia a la hora de salir a buscar trabajo. Odia las entrevistas y la competencia. Y es insegura. Tanto que prefiere ser secretaria a jefa. Esmeralda, por el contrario, está entre dentista, gerente de un hotel, veterinaria o cualquier cosa que, en sus propias palabras, le deje mucha pasta (a lo mejor acaba cuidando de Froilán y dándole trabajo a Wendy).

Lo de Marina también es complejo. A ella me la sé de memoria. Es lo que tiene estar enamorado. Y sé perfectamente qué será de ella. Pero necesita cuidado permanente. Es de esa gente que consigue ser, a la vez, ingenua y desconfiada; de esos que necesitan ser ellos mismos para sobrevivir pero no se animan a serlo en público. De

esas personas, al fin y al cabo, que precisan de un complemento constante para ser felices. Siempre he sido su lugar seguro. Su psicólogo, alma gemela y apaga-incendios ficticios. Sin mí, le iría igual de bien pero acabaría explotando a las primeras de cambio.

El pitido en el oído izquierdo es como una culebra que se ha quedado a vivir en mi cabeza. O una lombriz solitaria que ha equivocado el rumbo. Sí, así se siente. He de haberla ingerido aquella vez que olvidé cronometrar el tiempo de cocción del estofado. Y luego, la muy ciega, habrá aprovechado alguna siesta para avanzar por mis entrañas mientras estaba en posición horizontal. Seguramente tuvo que retorcerse un poco mientras subía porque suelo dormir decúbito o en posición fetal. Pero nunca boca arriba. En general me agobia mucho, pero si las personas que tienen graves problemas acústicos, pueden vivir vidas normales, yo también puedo. Solo tengo que adaptarme. Y rodearme de mis seres queridos. Aunque a veces... haya que despertarlos...

-Froilán, Froilán –lo pateo despacito-. ¡Abre los ojos! Que son las diez de la mañana. Te has quedado dormido.

-¿¡Qué!?

El cuerpo adolescente de mi hijo se desacurruca y abandona las dos baldosas frías y simétricas. Luego, mira por la ventana con horror. Despertarse después de que salga el sol le parece una afrenta imperdonable.

-Todavía es de noche, gilipollas.

-Más respeto, que soy tu padre –simulo enfadarme muchísimo.

-Me has despertado de madrugada para hacer una gracia. Te respetaré cuando madures.

-Es de día. Solo que... estem... hay un eclipse...

Froilán se rasca la cabeza. Sabe que le estoy tomando el pelo porque tengo insomnio y me aburro pero... ¡no puede probarlo! Y por supuesto, es cuadrado. Si no le es posible refutarme con pruebas, tampoco puede dar por zanjado el tema del todo.

-El reloj pone las 3:30 –señala su móvil.

De pronto, Esmeralda irrumpe en el comedor en pijama y bostezando. Me mira a mí, luego a su hermano y por supuesto, deduce el punto exacto de la partida en la que estamos sin que nadie le diga nada:

-Es de día. Papá te ha cambiado la hora en el móvil para hacerte la broma. Ya sabes que siempre se aburre cuando... empiezan... los zumbidos...

El argumento de Esmeralda descoloca a Froilán. Por un lado, claramente se ha puesto de mi lado para molestarlo. Por otro, usa sus propios argumentos en su contra...

-Estás bostezando y en pijama...

-Por supuesto. Es sábado y son las 10 de la mañana. Siempre me levanto a esta hora.

-Papá no sabe el patrón de mi móvil...

-168567. Yo se lo dije.

-¡MAMÁ!

Como siempre, Froilán acude a su versión adulta cuando se ve en un dos contra uno. Mal asunto. Marina con sueño es brava. Tanto que hasta sería capaz de hacerle daño a una mosca. Además, el clima entero huele a traición. Efectivamente, a medida que se oyen los pasos de la 'mater familias', van cayendo una a una y desde los pómulos de Esmeralda, unas gruesas lágrimas de cocodrilo. Finalmente, un dedo índice acusador se extiende en mi dirección justo cuando Marina llega.

-¡Mami, Papá está molestando a Froilán y me despertó!

Jaque mate. El dos contra uno se ha convertido en un todos contra mí.

-Yo... lo siento... ya sabes... -me señalo el oído-... es culpa de Wendy. Si no se hubiese ido tan lejos, ahora estaría molestándola a ella que también se lo cree todo.

-Todavía es de día en México. Llámala y deja a los que tienen que dormir, en paz.

La charla me sienta bien. Y tengo suerte, también me habla de parábolas. Al final, me acuesto esperanzado. Con los bostezos atragantados. Media hora después, todos duermen otra vez menos yo que sigo oyendo a la culebra pitándome secretos ancestrales directamente en el cerebro. Lástima que me los diga en una frecuencia tan misteriosa y molesta que solo logre sacarme de quicio. Me pongo a escribir, como siempre. Es una lucha de titanes. A veces gana la inspiración y me divierto tanto (imaginando ogros filósofos o pulgas gigantes con perros en la cabeza), que me olvido del pitido. A veces, gana la serpiente y no consigo concentrarme ni escribir nada bueno. Hoy es un empate. Estoy poniendo sobre el papel lo que acaba de ocurrir. Como un Mary Sue inexperto y autobiográfico. Ni siquiera me molesto en redactar bien. No al menos desde que empezaron los diálogos. "Entre dos baldosas frías y simétricas, yace acurrucado el cuerpo adolescente de mi hijo". Esa frase como inicio de relato daba para mil historias mejores que la simple realidad. En el pasado, seguramente le hubiese dado una vuelta de tuerca a todo. La ambigüedad en las descripciones daría paso a una revelación sorpresa: ¡el verdadero narrador es la culebra! La historia terminaría con un: "y por fin se durmió el estúpido humano y me dejó vía libre para terminar el cuento". Sí, eso haría si no tuviera tanto sueño. Si fuera capaz de releer toda la parrafada anterior y cincelarla para que suene más armoniosa. Si el pitid... zzzzzzzzzzz.